

FILOMENA
Y
LOS LINCES
EN
LOS MONTES DE TOLEDO

Fotografías y textos
JOSÉ MARÍA FINAT

Doce Calles



José María Finat y Rivas

El volumen que acabas de abrir no es un libro de fotografías. Es mi segundo libro. El primero sí lo fue, en 2018: una cuidada selección de mis fotos sobre el Monte Mediterráneo se acompañaron con unos esmerados textos *ad hoc*. En estos cuatro años que han transcurrido, sin caer en exageraciones, se puede afirmar que “ese mundo” es otro, o por lo menos hemos tomado consciencia de que está tocando fondo.

Mi escuela estuvo en el medio rural, entre dehesas y montes, donde las labores ganaderas y agrícolas han convivido en armonía con el medio natural. Mis verdaderos maestros fueron pastores y agricultores, mis compañeros animales y plantas, y mi aula la Naturaleza. Esta es mi verdadera ascendencia, donde radica la esencia de mi trabajo y lo que he intentado captar con mi cámara durante años, y así ha sido hasta Filomena.

Una vez que cesó la gran nevada, tras dos días ininterrumpidos, salí con la cámara, como en otras ocasiones. El silencio y la quietud dominaban un paisaje blanco, sin señales de vida, inmaculado. Andar era una tarea imposible, la nieve me llegaba a las ingles e, inesperadamente, me sucedió un episodio inconcebible, difícil de explicar desde mi experiencia y que es el origen de este nuevo libro.

La casualidad quiso que estuviera frente a un lince que acababa de cazar un conejo. En un primer momento se quedó tan sorprendido como yo, sin embargo su actitud cambió y mostró una agresividad creciente, hasta el punto que esperaba su ataque, sin posibilidad de escapar, clavado como estaba en la nieve hasta la cintura. ¿Solo defendía su presa? ¿Porqué ese cambio de comportamiento hacia un humano? ¿Quería decir algo? ¿O era la forma de quejarse de un clima que está cambiando demasiado deprisa? En ese momento tomé la decisión de compartir esta experiencia.



ENCINARES, ESA VETERANA *MATRIA* COMÚN

No solo procedemos sino que seguimos siendo posibles gracias al clima y su mejor creación: el bosque. Cuando olvidamos esta vivaz obviedad comienza la devastación. El arrancarse de lo esencial que caracteriza a nuestra civilización convierte en ajeno y carente de reconocimiento y respeto a lo que no puede darnos más regalos. Entre otros muchos el de ser nuestra *matria*, palabra que siempre debe prevalecer sobre patria, desde el momento en que lo materno no solo nos pare sino que nos ha alimentado y protegido, cuando embriones, y cuidado, siempre sin límites, cuando personas. No solo porque las encinas obviamente son matriarcales, como nos recordó Miguel de Unamuno, sino porque los meteoros que la hacen posible también son lo que engendra, fertiliza y mantiene a nuestro árbol emblemático. Algo que cabe extrapolar a sistemas naturales completos. Por poner solo un ejemplo que agradecemos poco: al encinar que creara buena parte de la tierra que luego convertimos en labrados de pan llevar. Cuánta ignorancia supone desvincular nuestra alimentación de lo que consigue la vida espontánea. Porque, hasta la llegada de esta crueldad de las granjas masivas, la ganadería dependió mayoritariamente de los pastos naturales. Por mucho, insisto, que se quiera olvidar comemos paisajes que, a su vez, comen climas y los procesos biológicos de ellos derivados. Y nuestro paisaje es el bosque y matorral mediterráneos, criatura emanada del clima con el mismo nombre.

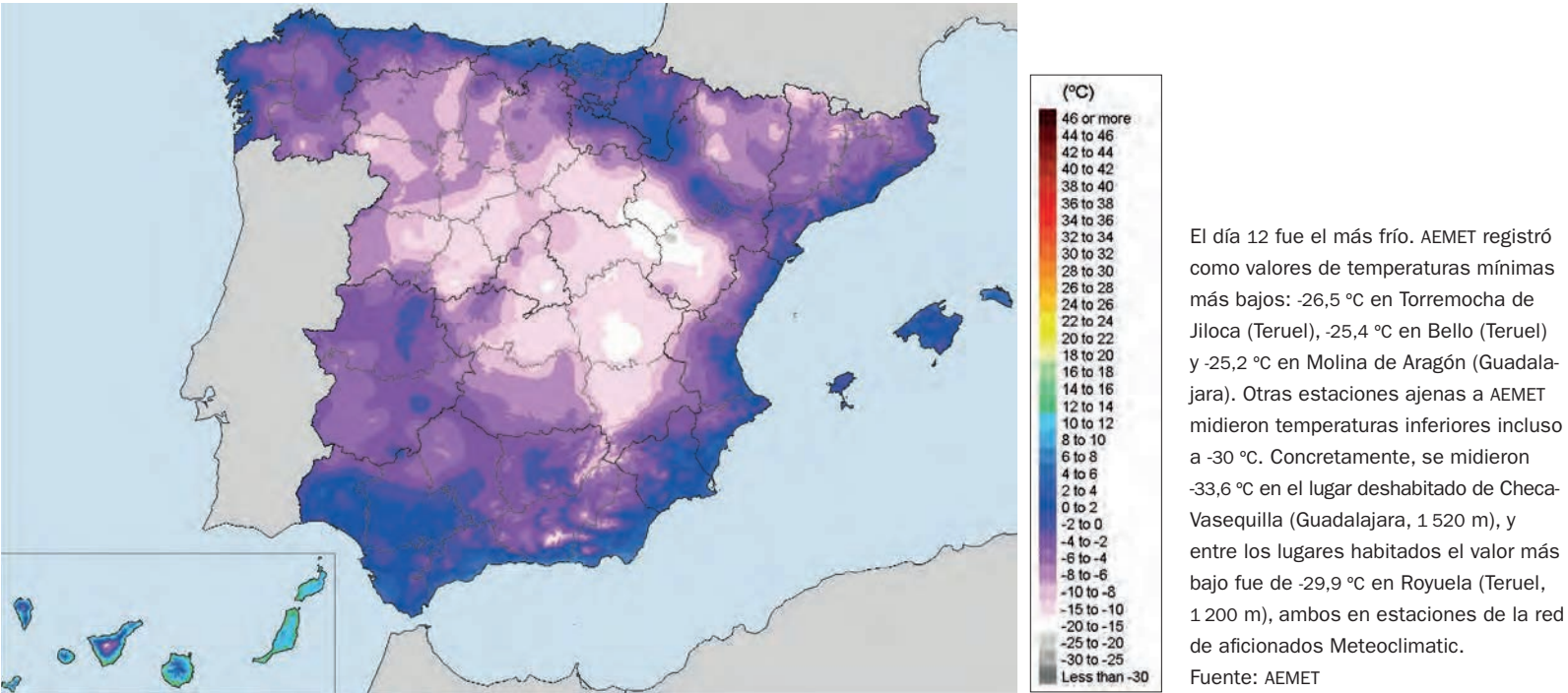
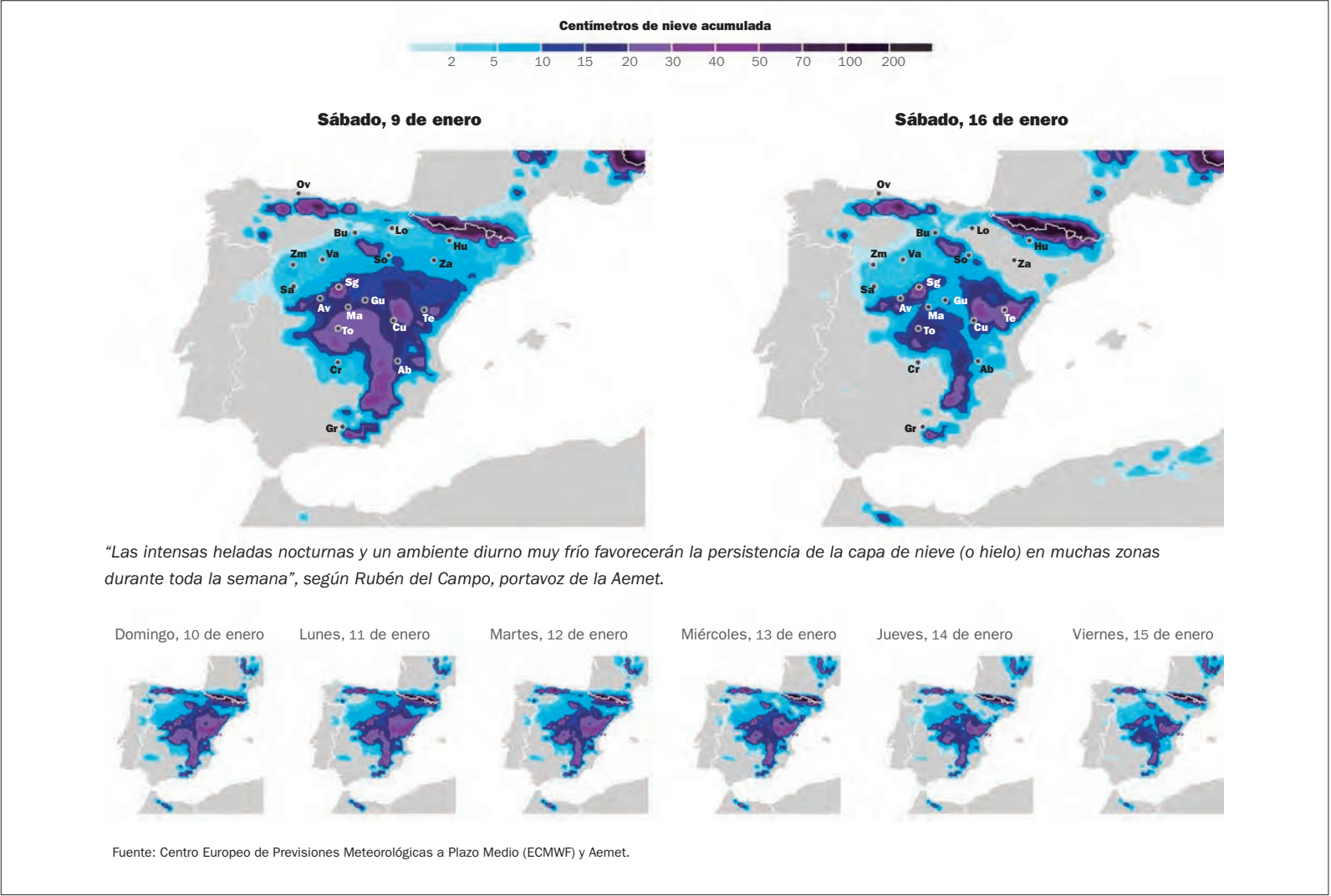
Como en este planeta no hay contenido sin continente y los climas, en efecto, son los que originan, contienen y consienten a todo lo vivo, parece oportuno recordar que el Mediterráneo es uno de los más creativos escultores de nuestros paisajes y del conjunto de los inquilinos de los mismos. Somos inquilinos de esa suma de temperaturas, humedades, vientos y calmas. Hay mucho de la misma atmósfera en cada bellota que alimenta al cochino o la grulla.

Nuestro clima/hogar tiene un carácter fuerte y hasta demasiadas veces contradictorio. Mucha luz, calor, sudor y sequía durante los meses con días largos. Frío, lluvias y hasta nieves en otoño e invierno. La vegetación de las tres cuartas partes meridionales de la península ibérica ha respondido a esta alternancia de extremos con algunas creaciones excepcionales. De la dificultad nace la genialidad.

La comunidad vegetal es un prodigio de austeridad para superar las a menudo larguísimas sequías y los no menos rigurosos fríos. Muchas de las especies del bosque y matorral mediterráneo saben algo todavía más importante que es volver a empezar desde las raíces. Esto permite minimizar los efectos de los fáciles incendios que los tórridos veranos propician.

Contamos con adaptaciones tan fascinantes como las de las jaras a las que favorece el fuego o el alcornoque que lleva traje de bombero. No son frecuentes los grandes temporales de viento, mucho menos los de nieve como el que supuso el excepcional de







^ Los zorros buscaban alimento entre juncos y retamas sin percibir señales de vida.



Cuando los conejos se alejaban de sus madrigueras eran presa fácil. ^ >



Los corzos empezaron a buscar los primeros brotes en zonas más despejadas. >